

## RESEÑAS

Elinor G. K. MELVILLE: *A Plague of Sheep: Environmental Consequences of the Conquest of Mexico*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994, XIII+203 pp. «Studies in Environment and History», s. ISBN.

En 1949 Sherburne F. Cook publicó un estudio de la relación entre la población humana y el medio físico, tomando como ejemplo a Teotlalpan, identificable en términos generales con la cuenca del río Tula o valle de El Mezquital. Cook analizó testimonios de la evolución demográfica del área, así como de su aridez, vegetación dominante, desforestación, capacidad agrícola y procesos de erosión y deposición. Con ello pudo proponer un panorama de la historia de esa área, considerando, en un análisis ecológico, la presencia humana y la respuesta ambiental.

Cook era entonces uno de los pioneros de la historia ambiental en Estados Unidos, cuyos frutos de vanguardia apenas se estaban cosechando. Con su obra sembró en la historiografía mexicana las preocupaciones y los métodos de esa especialidad. En Estados Unidos, la semilla sembrada por Cook y sus coetáneos—James Malin y otros—generó una pléyade de obras de investigación, estudio e interpretación de la historia ambiental no sólo de ese país sino de otros y de todo el continente. Sobre esa base se sustentan obras de síntesis bien conocidas como las de Alfred Crosby, *The Columbian Exchange* y *Ecological Imperialism*. En México, sin embargo, la semilla no germinó y el terreno de la historia ambiental quedó virtualmente eriazo. En este campo la histo-

riografía mexicana empezó a acumular años, décadas de retraso, apenas compensado por algunas aportaciones aisladas.

Cuarenta y cinco años después Elinor Melville ha sembrado otra vez la semilla en el mismo lugar. Su estudio se refiere al impacto de la irrupción de los ungulados en el contexto de la conquista biológica de América, lo que en términos coloniales pudo haberse expresado como la prodigiosa multiplicación de los ganados en estas tierras nuevas. Los actores más visibles de este estudio son las ovejas del valle de El Mezquital, pero también están los hombres que las condujeron y los pastos que les dieron sustento material.

Aunque obra casi única en un campo de estudio hasta hoy abandonado, *A Plague of Sheep*:... está lejos de situarse en un vacío historiográfico. El libro obtiene sustento metodológico, puntos de referencia y categorías de análisis de otros estudios de historia ambiental, y particularmente de lo que se sabe de un proceso comparable en Australia, otro "nuevo mundo" donde también se vivió la irrupción de los ungulados europeos. La autora hace notar que el estudio de la experiencia australiana entre 1800-1840 le dio las pautas para penetrar en los archivos mexicanos y españoles con las preguntas y los planteamientos correctos. En contrapartida, la experiencia mexicana le proporciona argumentos para apoyar o rebatir enfoques y conceptos con que otros historiadores han buscado la explicación de los procesos socioambientales. Melville considera particularmente adecuado apoyarse en el caso mexicano para fundamentar el concepto de revolución ecológica, definida por Carolyn Merchant como la ruptura abrupta y cualitativa con un proceso preexistente de cambios ambiental y social. Se comprende que *A Plague of Sheep*:... forme parte de una colección de estudios de envergadura mundial, al lado de trabajos sobre otras partes del mundo.

Melville apoya su estudio en un análisis fino y pormenorizado de la evidencia disponible sobre el cambio ambiental operado en el valle de El Mezquital durante el siglo XVI. La información es asombrosamente rica y se halla en cuerpos documentales por lo regular muy accesibles, como los relativos a mercedes y litigios de tierras. Para hacerla significativa, sin embargo, fue necesario analizar y comparar un enorme volumen de frases sueltas, verdades casi de paso en muchos documentos, prestando cuidadosa atención al momento y el lugar precisos en que fueron escritas. Ello permitió conocer la superficie dedicada al pastoreo, la den-

sidad de población ovina, la naturaleza del suelo y de la cubierta vegetal, el régimen de aguas, etc., en diferentes tiempos y sitios. Fue el análisis de lugar por lugar, año por año, lo que desembocó en una reconstrucción precisa de la historia ambiental del área.

La autora resume lo ocurrido como la construcción de un paisaje de conquista, diferente del que existía en el momento del contacto indoeuropeo y cuya evolución no se pudo comprender ni conocer en ese momento. El "nuevo mundo" era desde luego extraño para los españoles, pero pronto se convirtió también en algo extraño para los indios.

Al comparar la obra de Cook con la de Melville salta a la vista una valoración diferente del factor demográfico. Mientras que en el primero la población humana es un elemento esencial para la explicación de los cambios ambientales, en el segundo es un factor relativamente relegado. Melville no ignora la problemática prehispánica del área de estudio, aunque no la plantea con la extensión que lo hizo Cook. Hace a un lado, sin embargo, la consideración de los movimientos poblacionales, las migraciones y las fronteras, que tanta huella dejaron en la conformación regional. Es en estos terrenos donde pueden levantarse algunas críticas a su investigación. La autora diferencia el área de Chapa de Mota—que considera como una de las subregiones de El Mezquital—, por no haber experimentado algunas de las transformaciones ambientales más profundas vividas en las otras subregiones, pero no toma en cuenta el carácter de frontera que caracterizó a esta zona hasta mediados del siglo XVI. Ésa fue la razón por la cual tuvo un poblamiento de signo distinto y eso fue lo que la separó de las áreas vecinas. La autora hubiera obtenido una visión diferente e incluso más precisa en ciertos casos de haber dado al factor demográfico y poblacional el peso que le corresponde.

Sin embargo, tal vez no fue el deseo de hacer énfasis en la cuestión demográfica. Cook había opinado que la degradación ambiental de El Mezquital era atribuible, en última instancia, a la sobrepoblación humana en diferentes momentos. Melville no comparte esa interpretación. En su visión, la plaga son las ovejas, no los hombres. Hace notar que el pastoreo fue más intenso en las áreas más ricas del valle de El Mezquital y que en ellas fue, precisamente, mayor la degradación. Resalta que la tierra no era pobre, y que fue ésta la que la dejó apta sólo para el pastoreo. Tal vez las interpretaciones de Cook y Melville, en último análisis, no son excluyentes. Más estudios de este tipo irán aclarando cuestiones en las que hoy por hoy no tiene caso enfrascarse.

Lo que importa es que esta vez la semilla nuevamente plantada sí germine. *A Plague of Sheep*:... es un libro que todo especialista debe conocer, analizar, tal vez imitar y si es posible superar. Los estudiantes deben ver en él un modelo de historia inteligente, creativa, libre de viejos estereotipos. La autora brinda a la historiografía mexicana una oportunidad de saldar su retraso en estos temas ofreciéndole beneficios acumulados por años de desarrollo de la especialidad. Además, es un buen ejemplo de cómo abordar un estudio de ámbito regional sin localismo, es decir, con plena conciencia de los procesos más amplios que dan sentido a la historia local.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ  
*El Colegio de México*

Nadine BÉLIGAND: *Códice de San Antonio Techialoyan. A 701, Manuscrito Pictográfico de San Antonio La Isla, Estado de México*. México: Instituto Mexiquense de Cultura, 1993, 288 pp.

Es frecuente encontrarse en las ediciones de códices que la reproducción facsimilar ocupa el lugar central y en muchas ocasiones carecen de un estudio concienzudo del texto que se publica. Éste no es el caso del códice de San Antonio que nos presenta Nadine Béligand. Por el contrario lo analiza profusamente a la vez que nos ofrece un balance de los estudios realizados en el pasado sobre el grupo Techialoyan.

A lo largo de las primeras 40 páginas la autora nos proporciona una visión de conjunto de los llamados códices Techialoyan, desde los primeros trabajos realizados por Federico Gómez de Orozco en 1933 hasta los más recientes de Joaquín Galarza. Este balance historiográfico tiene gran mérito, ya que los Techialoyan han sido estudiados desde muy diversas ópticas. Se han analizado desde la perspectiva artística; así Federico Gómez de Orozco consideró que el estilo de estos códices permitía observar una continuidad con el dibujo y la escritura jeroglífica de los antiguos nahuas. Posteriormente, Donald Robertson llegó a la conclusión contraria de que dichos códices reflejaban ya una concepción europea del dibujo y los ubicó como documentos del siglo XVIII. Otros se abocaron al análisis del náhuatl para fecharlos. En suma, Nadine Béligand subraya con gran acierto la polémica